

# LA HISTORIA

Elsa Morante

## Prólogo

Un escándalo que nunca acaba

En 1974, cuando Einaudi publicó *La historia*, la editorial se sometió a una inesperada petición de Elsa Morante, empeñada en que la novela no costase más de dos mil liras (el equivalente a cinco dólares de entonces), como ejercicio literario pero también moral que era. «Quiero una edición barata», le pidió expresamente Elsa a Giulio Einaudi, quien accedió a publicarla en bolsillo.

La autora se proponía llegar a más lectores de los que se habían acercado años antes a *Mentira y sortilegio* (1948) y a *La isla de Arturo* (1957). Y lo logró. Al año de su publicación, *La historia* había vendido ochocientos mil ejemplares en Italia. Su agente literario, Erich Linder, se sorprendía al comprobar que, pasados los primeros meses de enorme impacto, las ventas seguían contándose por miles semana tras semana. «No sabemos quién compra todavía el libro, ya que en la actualidad parece haber ejemplares en todas las casas italianas», confesó el hombre en una carta a un editor estadounidense, según se lee en la biografía que Lily Tuck escribió de la autora.

El éxito editorial fue acompañado de un gran alboroto crítico. El choque entre defensores y detractores, a menudo arrebatado, ayudó a erigir la novela en una de las más famosas de la década en Italia. En la fase más delicada del debate, la reseña en *Tempo Illustrato* de Pier Paolo Pasolini, desde siempre muy cercano a la autora, provocó que Morante y él nunca más se dirigiesen la palabra. El corresponsal romano para *The New York Times* publicó una crónica en septiembre de 1974 en la que contaba: «Por primera vez desde tiempos inmemoriales hay personas en los compartimentos de los trenes y en los bares que hablan más del libro que de la liga de fútbol o de un escándalo de faldas. Los críticos escriben páginas y más páginas preguntándose por el significado de *La historia* y las razones de la excepcional polémica que despierta».

La vocación de buscar con *La historia* un gran público alentó la ambición de Morante desde el principio. Su amigo Luca Fontana, que al comenzar la década de 1970 la acompañaba en sus largos paseos por el gueto de Roma, los distritos de Testaccio y de San Lorenzo, pues la autora quería documentarse, contaba que por esas fechas le preguntó, a sabiendas de sus recelos a la hora de hablar de un trabajo si no estaba terminado: «¿Qué clase de libro estás escribiendo?». Fontana la había visto tomar notas en libretas durante meses, algo que Elsa no tenía por costumbre hacer. La respuesta no despejó los enigmas: «Escribo un libro para analfabetos». Años después,

uno de los epígrafes que encabezarían la novela ratificó aquella respuesta: «Por el analfabeto a quien escribo». Se trata de un verso de César Vallejo incluido en su himno a los voluntarios de la República, pero también simboliza la destilación total de la obra, que a lo largo de sus centenares de páginas narra la lucha constante, diaria, de los desfavorecidos, los pobres, las eternas víctimas, los que a veces no saben leer, en pos del cobijo y la supervivencia.

Morante funde en su novela la grande y universal historia, en forma de crónica de los acontecimientos más relevantes del siglo XX, con la pequeña y particular historia de sus desamparados personajes de ficción, hasta construir dos relatos: la historia del poder y la historia de las víctimas del poder.

Articulada en nueve capítulos, el primero y el último están encabezados por un enigmático «19\*\*», y funcionan como un catálogo de los actos de violencia protagonizados por las grandes naciones desde comienzos del siglo XX hasta el período en el que se publicó la novela. Entremedias, los siete restantes se corresponden con cada uno de los años que abarca la trama, que transcurre entre 1941 y 1947, y también incluyen al comienzo un breve repaso de la situación mundial.

El resultado hace recordar la técnica empleada décadas antes por John Dos Passos en su Trilogía USA, en la que combinaba retales de ficción con fragmentos de periódicos y letras de canciones, biografías de figuras históricas y episodios autobiográficos del propio Dos Passos, en busca de una novela que retratase toda una nación a lo largo de una época determinada.

A la sombra de la contienda mundial y el Holocausto, la tragedia de la guerra es la verdadera protagonista en este largo relato, cuyos personajes principales —Ida Ramundo, sus hijos Useppe y Nino, y Carlo-Davide— simbolizan un grito sostenido contra la injusticia. En palabras de la propia Morante, La historia pretende ser un acto de denuncia contra todas las formas de fascismo del mundo, aunque el final no sea halagador. La poesía y la palabra, que en el pensamiento literario de Morante forman parte del ser y tienen la fuerza de devolver a la persona la vitalidad, la inocencia y espiritualidad que el poder de los más fuertes le arrebatan, al final nada pueden contra la violencia de la máquina de la historia, «ese escándalo que dura desde hace diez mil años», como clamaba la escritora romana.

En el prólogo a una tirada limitada que First Edition Society publicó en Estados Unidos en 1977, Morante advertía al lector que le ofrecía «un testimonio que describe mi verdadera experiencia en la Segunda Guerra Mundial», de la que ella fue una víctima más. Junto al también escritor Alberto Moravia, con el que estuvo casada y con quien compartía orígenes judíos, se vio obligada a abandonar Roma en 1943, después de que Moravia apareciese en una lista negra de la policía fascista.

«Aprendí mucho del terror», admitía Morante, en cuya obra casi todo es dolorosamente autobiográfico. La historia, pues, representa un «sangriento ejemplo de la inhumanidad del hombre» relatado por una poetisa por naturaleza, a la que la experiencia había enseñado que «incluso la poesía puede utilizarse como coartada».

Por eso señalaba en aquel prólogo: «Debo advertirles que este libro, antes que una obra poética, debe ser una acusación y una oración».

En un mundo que, de un modo u otro, estará siempre lacerado por las tragedias de los indefensos, La historia de Morante no ha perdido vigencia, sino todo lo contrario. Habrá en ella, todos los días por venir, algo que nos señale, nos interroge y nos haga pensar que tal vez los tiempos no han cambiado tanto, y que la historia se reivindicará hasta el final como un escándalo. Por todo lo anterior, nunca será mala hora para leer esta novela pensada para los que ni siquiera saben leer.

JUAN TALLÓN,

septiembre de 2018

No hay palabras, en ningún lenguaje humano, que puedan consolar a las cobayas que no saben por qué mueren.

Un superviviente de Hiroshima

[...] has ocultado estas cosas a los doctos y los sabios y se las has revelado a los pequeños [...]. Porque así te place...

LUCAS 10:21

Por el analfabeto a quien escribo.

CÉSAR VALLEJO

... 19\*\*

[...] proporcionadme un catálogo, un opúsculo, porque aquí, madre mía, no llegan las novedades del inmenso mundo...

De las Cartas desde Siberia

... 1900-1905

Los últimos descubrimientos científicos sobre la estructura de la materia marcan el comienzo del siglo atómico.

1906-1913

Sin demasiadas novedades, en el inmenso mundo. Como todos los siglos y milenios que lo precedieron sobre la tierra, también el nuevo siglo se regula conforme al

conocido principio inmóvil de la dinámica histórica: «A los unos, el poder, y a los otros, la servidumbre». Y en él se basan, concordes, tanto el orden interno de las sociedades (dominadas actualmente por los «Poderes» llamados «capitalistas») como el orden externo internacional (llamado «imperialismo»), dominado por algunos Estados llamados «Potencias», que se reparten prácticamente toda la superficie terrestre en las correspondientes fincas, o imperios. Entre ellas, última en llegar, está Italia, que aspira al rango de Gran Potencia, y para merecérselo se adueñó ya por las armas de algunos países extranjeros — menos poderosos que ella—, constituyéndose una finquita colonial, aunque no todavía un imperio.

Pese a la perpetua competencia entre sí, amenazadora y armada, las Potencias se asocian, según los casos, en «bloques», para la común defensa de sus intereses (entendidos, en el interior, como los intereses de los «Poderes». A los demás, sujetos a servidumbre, que no participan de los beneficios aunque sin embargo son útiles, tales intereses les son presentados en términos de abstracciones ideales, variables cuando varían los usos publicitarios. En estas primeras décadas del siglo, el término preferido es «patria»).

Actualmente, el máximo poder, en Europa, se lo disputan dos bloques: la «Triple Entente» de Francia, Inglaterra y la Rusia de los zares, y la «Triple Alianza» de Alemania, Austria-Hungría e Italia. (Italia pasaría después a la Entente.)

En el meollo de todos los movimientos sociales y políticos están las grandes industrias, promovidas hace ya tiempo con su enorme y creciente desarrollo a sistemas de «industrias masivas» (que reducen al obrero a «un simple accesorio de la máquina»). Para su funcionamiento y su consumo, las industrias necesitan masas, y viceversa. Y como el trabajo de la industria está siempre al servicio de Poderes y Potencias, entre sus productos corresponde el primer lugar, necesariamente, a las armas («carrera armamentista»), las cuales, sobre la base de una economía de consumo masivo, encuentran una salida en la guerra masiva.

1914

Estallido de la Primera Guerra Mundial, entre los dos bloques contrapuestos de Potencias, a los que se añaden posteriormente otros aliados o satélites. Entran en acción los productos nuevos (o perfeccionados) de la industria armamentística, entre ellos los tanques y los gases.

1915-1917

Contra la mayoría del país que se opone a la guerra (y recibe por ello el calificativo de «derrotista»), prevalecen el rey, los nacionalistas y los distintos poderes interesados, con la entrada en guerra de Italia — al lado de la Entente—. Entre otros, también se alinea con la Entente la superpotencia de Estados Unidos.

En Rusia cesa la guerra con las Potencias, a consecuencia de la gran revolución marxista en favor del socialcomunismo internacional, dirigida por Lenin y Trotski («Los obreros no tienen patria», «Guerra a la guerra», «Transformar la guerra imperialista en guerra civil»).

1918

La Primera Guerra Mundial concluye con el triunfo de la Entente y de sus actuales aliados (veintisiete naciones vencedoras, entre ellas el Imperio japonés). Diez millones de muertos.

1919-1920

En representación de las Potencias vencedoras y de sus aliados, a la mesa de la paz sientan setenta personajes, los cuales deciden entre sí el nuevo reparto del mundo y trazan el nuevo mapa de Europa. Con el final de los vencidos imperios centrales y su desmembración, se produce el cambio de propiedad de sus colonias a las Potencias victoriosas, y la definición, sobre la base del principio de nacionalidad, de nuevos Estados europeos independientes (Albania, Yugoslavia, Checoslovaquia y Polonia). Alemania, entre otras cosas, se ve obligada a ceder el Corredor de Danzig (valedero como salida de Polonia al mar) que divide en dos su territorio nacional.

Algunos de los firmantes, entre ellos Italia («paz mutilada»), discuten, como insatisfactorios y provisionales, los términos de la paz; estos resultan insostenibles para las poblaciones de los países vencidos, condenadas al hambre y a la desesperación («paz punitiva»).

En la mesa de la paz falta Rusia, actualmente cercada y reducida a un campo de batalla internacional a causa de la intervención militar de las máximas Potencias (Francia, Inglaterra, Japón y Estados Unidos) en la guerra civil contra el Ejército Rojo. En medio de esta prueba crucial, y asediada por matanzas, epidemias y miseria, se funda en Moscú la Komintern (Internacional Comunista) que llama a todos los proletarios del mundo, sin distinción de razas, lenguas o nacionalidades, a la tarea común de la unidad revolucionaria, hacia la República internacional del proletariado.

1922

Tras años de guerra civil, finalizada con el triunfo de los revolucionarios, en Rusia ha surgido el nuevo Estado de la URSS. Este representará una señal de esperanza para todos los «parias de la tierra», que de la guerra — ganada o perdida— no sacaron sino una agravación de sus males; mientras que en cambio representará el famoso «fantasma» del comunismo, que recorre ya Europa, para las Potencias y los amos de la tierra y la industria, a quienes la guerra sirvió, en líneas generales, como una grandiosa especulación.

Estos, en Italia (sede de una de sus más sórdidas filiales), se unen a sus servidores, y a los genéricos reivindicadores de la paz mutilada para un desquite a ultranza de sus propios intereses. Y no tardan en hallar un adalid y un instrumento adecuado en Benito Mussolini, arribista mediocre y «amasijo de todos los detritus» de la peor Italia, que tras intentar un lanzamiento bajo la enseña del socialismo, ha encontrado más ventajoso pasarse a la contraria: la de los poderes fácticos (la patronal, el rey, y posteriormente también el Papa). Sobre la mera programática de un anticomunismo garantizado, conminatorio y grosero, Mussolini ha fundado sus fascios (de ahí «fascismo»), consorcio de vasallos y sicarios de la revolución burguesa. Y, en

semejante compañía, secunda los intereses de sus mandantes con la violencia terrorista de pobres escuadras de acción mercenarias y confusas. El rey de Italia (hombre desprovisto de todo título digno de mención salvo el heredado de rey) le entrega de buen grado el Gobierno de la nación.

1924-1925

En la Unión Soviética, muerte de Lenin. Bajo su sucesor, que ha tomado el nombre de Stalin (Acero), las exigencias nacionales internas (colectivización, industrialización, autodefensa contra las Potencias coligadas en el anticomunismo, etcétera) arrinconarán fatalmente los ideales de la Komintern y de Trotski («revolución permanente») en favor de la tesis estalinista («socialismo en un solo país»). La «dictadura del proletariado», prevista por Marx, tras haberse reducido a dictadura jerárquica de un partido, se degradará en dictadura personal de Stalin.

En Italia, dictadura totalitaria del fascista Mussolini, que entretanto ha ideado una fórmula demagógica para reforzar su poder de base. Esta obra especialmente sobre las capas medias, que buscarán en falsos ideales (ante la dolorosa incapacidad de los reales) un desquite de la propia mediocridad: consiste en el recuerdo de la estirpe gloriosa de los italianos, herederos legítimos de la Máxima Potencia histórica, la Roma imperial de los Césares. Gracias a esta y a parecidas directrices nacionales, Mussolini será ensalzado a «ídolo de masas» y adoptará el título de Duce.

1927-1929

En China, se inicia la guerrilla de los revolucionarios comunistas, guiados por Mao Tsé-Tung, contra el poder central nacionalista.

En Rusia, derrota de la oposición. Trotski es expulsado del partido, y después de la Unión Soviética.

En Roma, Pactos de Letrán del papado con el fascismo.

1933

En situación análoga a la italiana, en Alemania los poderes constituidos entregan el Gobierno del país al fundador del fascismo alemán (nazismo), Adolf Hitler, un desventurado obseso, presa de la manía de la muerte («El objetivo es la eliminación de las fuerzas vivientes»), que a su vez se alza a ídolo de masas, con el título de Führer, adoptando como fórmula de avasallamiento la superioridad de la raza germánica sobre todas las razas humanas. Como consecuencia, el plan ya previsto por el gran Reich exige el sometimiento total o el exterminio de todas las razas inferiores, empezando por los judíos. Se inicia en Alemania la persecución sistemática de los judíos.

1934-1936

Larga Marcha de Mao Tsé-Tung a través de China (doce mil kilómetros) para sortear las fuerzas preponderantes del Gobierno nacionalista (Kuomintang). De ciento treinta mil hombres del Ejército Rojo, llegan vivos solo treinta mil.

En la URSS, Stalin (ascendido también a «ídolo de masas») comienza la Gran Purga, con la progresiva eliminación física de los viejos revolucionarios del partido y el Ejército.

Según la fórmula imperial del Duce, Italia se adueña de Abisinia (Estado africano independiente) por la fuerza de las armas y se eleva a imperio.

Guerra civil en España, causada por el católico-fascista Franco (llamado el Generalísimo y el Caudillo) por cuenta de los poderes de costumbre ante la amenaza del «fantasma». Después de tres años de devastaciones y matanzas (entre otras cosas, se instaura en Europa la destrucción desde los aires de ciudades enteras habitadas) prevalecerán los fascistas (falangistas) gracias a la firme ayuda del Duce y el Führer y a la connivencia de todas las Potencias del mundo.

El Führer y el Duce se asocian en el Eje Roma-Berlín, consolidado luego en el pacto militar denominado «de acero».

1937

Tras firmar un pacto anti Komintern con los países del Eje, el Japón imperial invade China, donde la guerra civil se interrumpe temporalmente para oponer un frente común al invasor.

En la Unión Soviética (políticamente aislada en un mundo de intereses hostiles al comunismo), Stalin, mientras en el interior intensifica el sistema de terror, en las relaciones exteriores con las Potencias aplica cada vez más la estrategia objetiva de una Realpolitik.

1938

En la Unión Soviética, el sistema estalinista del terror se extiende desde la cúspide de la burocracia a las masas populares (millones y millones de detenidos y deportados a campos de trabajo, rabiosa multiplicación de condenas a muerte indiscriminadas y arbitrarias, etcétera). No obstante, las masas oprimidas de la tierra — por lo demás desinformadas y mantenidas en el engaño— siguen mirando a la Unión Soviética como única patria de sus esperanzas (es difícil renunciar a una esperanza, cuando no quedan otras).

Acuerdos de Munich entre los dirigentes del Eje y las democracias occidentales.

En Alemania, con la sangrienta noche llamada «de los Cristales Rotos», se autoriza en la práctica a los ciudadanos alemanes el libre genocidio de los judíos.

Siguiendo los dictámenes de su aliada Alemania, también Italia proclama sus leyes raciales.

1939

Pese a los compromisos conciliadores adoptados recientemente en Munich con las potencias occidentales, Hitler pretende llevar hasta el final su programa, que exige en primer lugar la reivindicación de los derechos imperiales alemanes contra la «paz

punitiva» de veinte años atrás. Por ello, tras la anexión de Austria, el Führer procede a invadir Checoslovaquia (imitado de inmediato por el Duce, que se anexa Albania) e inicia después negociaciones diplomáticas con la Potencia estalinista.

El resultado de las negociaciones es un pacto de no agresión entre la Alemania nazi y la Unión Soviética, que permite a ambas firmantes la doble agresión contra Polonia y su mutuo reparto. A la acción inmediata de las tropas hitlerianas contra Polonia occidental responde, por parte de Francia e Inglaterra, la declaración de guerra a Alemania, iniciándose así la Segunda Guerra Mundial.

Los suministros para esta provendrán de la actividad infatigable y sin turnos de descanso de las industrias bélicas, las cuales, aplicando a las máquinas millones de organismos humanos, abastecen ya de nuevos productos (entre los primeros, tanques superarmados y superacorazados llamados Panzer, aviones «de caza» y bombarderos de gran autonomía, etcétera).

Mientras tanto, en cumplimiento de los propios planes estratégicos (que ya prevén un choque inevitable con la Alemania imperial), Stalin, tras la acordada invasión oriental de Polonia, procede a la sumisión forzosa de los Estados bálticos, contra la imposible resistencia de Finlandia, doblegada al final por las armas soviéticas. También las industrias soviéticas, con un afán totalitario, trabajan en la producción bélica masiva, aplicándose en especial a la técnica de modernos lanzacohetes de enorme poder destructor, etcétera.

Primavera-verano de 1940

La primera fase de la Segunda Guerra Mundial marca el avance rapidísimo del Führer, quien, tras haber ocupado Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Luxemburgo, arrolla a Francia hasta las puertas de París. Semineutral hasta el momento, pero ya seguro de la victoria inminente, el Duce decide entonces respetar in extremis el Pacto de Acero («Unos cuantos millares de muertos valdrán la pena para sentarme a la mesa de la paz») y hace su declaración de guerra a Gran Bretaña y Francia cuatro días antes de la entrada de los alemanes en París. Pero ni los triunfales éxitos de Hitler ni sus propuestas de paz consiguen la retirada de Gran Bretaña, que opone una desesperada resistencia; mientras que, por otra parte, la intervención italiana causa la apertura de un nuevo frente en el Mediterráneo y en África. La Blitzkrieg, o guerra relámpago del Eje, se alarga y prolonga más de lo previsto.

Batalla aérea de Hitler contra Inglaterra, con bombardeos ininterrumpidos y destrucción total de carreteras, puertos, instalaciones y ciudades enteras. Entra en el vocabulario el verbo «coventrizar», de la ciudad inglesa de Coventry, pulverizada por las incursiones alemanas. La batalla terrorista, prolongada sin tregua semanas y meses con la intención de dismantelar la resistencia británica (con vistas a un posible desembarco resolutivo), no obtiene, sin embargo, el efecto deseado.

La acción en curso en Occidente no aparta entretanto al Führer de otros planes secretos para una futura acción en Oriente contra la Unión